

DG 210  
D78  
v.1

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



FONDO HISTORICO  
RICARDO COVARRUBIAS

155454



Bajo relieve del sepulcro de Escauro, en Pompeya

## HISTORIA DE LOS ROMANOS

### INTRODUCCIÓN

#### ITALIA ANTES DE ROMA

I

##### DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DE ITALIA

Horacio tenía miedo al mar, al que llamaba *el elemento que separa* (*Oceanus dissociabilis*), y sin embargo, era aún para los antiguos el elemento que une.

Tended la vista por las montañas que corren de Galicia al Cáucaso, de la Armenia al golfo Árabe, de la región de las Sirtes á las columnas de Hércules, y reconoceréis la parte superior de una inmensa cuenca, cuyo fondo ocupa el Mediterráneo. Estos límites, marcados por la geografía, son también para la antigüedad los límites de la historia, que jamás se alejó, á no ser hacia la Persia, de las costas del Mediterráneo. Sin este mar, el espacio que cubren sus aguas hubiera sido la continuación del Sahara africano, un desierto infranqueable: por él, muy al contrario, los hombres establecidos á sus orillas han cambiado sus ideas y riquezas, y á su alrededor han vivido los primeros pueblos civilizados, menos las viejas sociedades del extremo Oriente siempre fuera del movimiento europeo.

Ahora bien, por su posición entre Grecia, España y la Galia, por esa forma prolongada que la lleva al encuentro de África y la acerca al Asia, Italia es verdaderamente el centro del mundo antiguo, el punto más inmediato de los tres continentes que baña y une el Mediterráneo.

La geografía no explica nunca más que una parte de la historia; pero la explica bien: los hombres hacen lo demás: según la prudencia ó insensatez de su conducta, así logran ó malogran la obra de la naturaleza. Por eso es fácil comprender, por la situación de Italia, sus dobles destinos en los tiempos antiguos y hasta en una época reciente; la enérgica acción que ejerció en el exterior cuando sus habitantes no formaron más que un solo pueblo, rodeado de tribus divididas, luego cuando se agotaron sus fuerzas y se destruyó su unión, las desdichas que cayeron sobre ella de todos los puntos del horizonte; Italia, en una palabra, señora del mundo que la rodea é Italia que todos sus vecinos se disputan.

Ocurre otra consideración importante. Si la situación de Italia en el centro del antiguo mundo favoreció su fortuna en sus días de fuerza y le suscitó tantos enemigos en los de

su flaqueza, por la cual se entregó primero á los romanos, y después de ellos, por espacio de catorce siglos, al extranjero, ¿no fué su conformación física la causa principal de ello?

Rodeada de mar por tres lados y unida al continente

por los Alpes, Italia es una península, que se prolonga al Sur en dos puntas, mientras se ensancha al N. en un semicírculo de altas montañas que domina majestuosamente con sus brillantes nieves la cima á veces llamada por los lombardos la *Rosa dell'Italia*. Sin el monte Blanco, el monte Rosa sería la cúspide más elevada de los Alpes, pero tampoco queda más que á 176 metros por debajo del gigante de Europa (2). Italia tiene, pues, una parte peninsular y otra continental, dos regiones distintas por su configuración, su origen y su historia. La una, vasta llanura atravesada por un gran río que la formó con sus aluviones, fué siempre el campo de batalla de las ambiciones europeas; la otra, estrecha cadena de montañas, surcada profundamente por ríos torrenciales y sacudida por los volcanes, ha tenido casi siempre destinos contrarios.

Esta península es la verdadera Italia, uno de los países más divididos del mundo. En sus innumerables valles, que no todos se comunican fácilmente, tomaron sus gentes ese



Moneda de Antonino representando la Italia (1)

(1) Las letras TR POT, abreviación de *tribunicia potestas*, significan la potestad tribunicia de que estaban investidos los emperadores; las letras COS III, que Antonino era cónsul por tercera vez, y SC, *senatus consulto*, que la pieza ha sido acuñada por orden del Senado. Siendo Antonino cónsul por tercera vez el año 140 después de J. C., y por cuarta el 145, la moneda es de aquel año ó de los cuatro siguientes. El Senado del imperio no acuñó más que la moneda de bronce.

(2) Su altura es de 4619 metros. «No es una montaña aislada, —dice Salussure, — sino una masa central á que vienen á parar siete ú ocho grandes cadenas que se elevan á proporción que se acercan á este centro y acaban por confundirse con él, viniendo á ser partes ó florones de su corona.» (*Viaje á los Alpes*, pár. 2155).



amor á la independencia que en todos tiempos mostraron las poblaciones montañosas, y también lo que compromete esa libertad tan amada, la necesidad de la vida aparte: tantos estados como valles; tantos dioses como aldeas. Nunca hubiera salido Italia de su oscuridad si de en medio de todas estas tribus no se hubiera desprendido un enérgico principio de asociación. A fuerza de habilidad, de valor y perseverancia, el Senado y sus legiones triunfaron de los obstáculos físicos, como de los intereses y pasiones que se formaron al abrigo de estos montes, reunieron todos los pueblos italianos é hicieron de toda la península una sola ciudad (1).

Pero como la encina doblegada y entreabierto por Milón, que se levanta cuando se agotan las fuerzas del atleta y lo coge á su vez, la naturaleza, momentáneamente vencida por la energía romana, hubo de recobrar su imperio, y cuando Roma cayó, entregada Italia á sí misma, volvió á sus eternas divisiones, hasta el día en que la idea moderna de las grandes nacionalidades hizo lo que veintitrés siglos antes había hecho la más hábil política, servida por la más poderosa organización militar.

Italia, por su posición geográfica, estaba llamada á desempeñar un gran papel en los destinos del mundo, ya obrara en el exterior, ya viniera á ser ella misma el premio de heroicas luchas. Así, pues, Roma no es un accidente, una casualidad en la historia de la península: es el momento en que los italianos, reunidos por la primera vez, lograron el objeto prometido á sus comunes esfuerzos: el poderío por la unión. Sin duda la historia ha tenido que decir á menudo como Napoleón: «Italia es demasiado larga y está por demás dividida.» Pero cuando de los Alpes al canal de Malta no hubo ya más que un solo pueblo y un mismo interés, una fortuna incomparable vino á ser la gloriosa posesión de este hermoso país, que tenía 600 leguas de costas con audaces pueblos de montañeses y marinos, fértiles provincias y puertos naturales al pie de seculares bosques, que mandaba en dos mares y tenía la llave de la una á la otra de las dos grandes cuencas del Mediterráneo. Entre el Oriente que se aniquilaba en la anarquía y el Occidente que aun no había nacido á la civilización, unida y disciplinada Italia, tomó naturalmente el primer lugar. Esta fase de la humanidad necesitó diez siglos para nacer, agrandarse y extenderse, y la historia de estos diez siglos es lo que se llama historia de Roma.

Un poeta moderno ha hecho en un solo verso la exacta descripción de este país:

*Ch' Apennin parte e l' mar circonda e l' Alpe.*

Los Alpes, que separan á Italia del resto de Europa, tienen de Savona á Fiume un desarrollo de unos 1,150 kilómetros, con una profundidad de 130 á 180 bajo los meridianos de San Gotardo y del Septímero, y más de 260 en el Tirol. Las nieves eternas acumuladas en sus cumbres forman un inmenso mar de hielo, cuya fusión alimenta los ríos de la alta Italia. Pero la línea de altitud más cercana de Italia que de Alemania, no divide este profundo macizo en dos porciones iguales. Como todas las grandes cadenas de montañas europeas (2), los Alpes tienen su pendiente menos rápida al N. por donde vinieron todas las invasiones, y su escarpada al S. del lado que las ha recibido todas. En la vertiente francesa y alemana las montañas van

(1) *In ea contineatur.* (Cic., de Leg., II, 2.)

(2) Menos el Cáucaso, cuya vertiente N. es mucho más abrupta que la del Sur.

á la llanura por largos contrafuertes que facilitan el descenso, mientras visto desde el Piamonte, se presenta el monte Blanco como un muro de granito cortado á pico hasta á más de 3,000 metros por debajo de su cima. El hombre se ha detenido al pie de estas pendientes, que no retienen ni la hierba, ni aun la nieve; y la Italia septentrional, que tiene pocos pastos alpestres, no está defendida por una raza de audaces montañeses, como la que puebla el Delfinado, la Suiza y el Tirol.

En esta diferencia de inclinación y de extensión entre las dos vertientes se encuentra una de las causas que aseguraran los primeros éxitos de las expediciones dirigidas contra Italia. Dueños de la vertiente septentrional, no han menester los asaltantes más que un día ó dos de marcha para caer sobre el más rico país (3). Así, pues, Italia no pudo nunca sustraerse á las invasiones ni á las consecuencias de las guerras europeas, á pesar de su formidable barrera de los Alpes y sus colosales cimas, «que vistas de cerca, — decía Napoleón, — parecen gigantes de hielo encargados de defender el acceso de tan bella comarca (4).»

A los Alpes se encadenan, cerca de Savona, los Apeninos, que atraviesan toda la península, ó más bien la han formado y le dan su carácter. Su altura media en Liguria es de 1,000 metros, y del doble en la Toscana, donde las gargantas de Pontremoli, entre Sarzana y Parma, de Fiumalbo, entre Luca y Módena, y de Futa, entre Florencia y Bolonia, se elevan á una altura de 1,000 á 1,200 metros; lo que explica cómo estuvo la Etruria mucho tiempo protegida por estas montañas contra los galos cisalpinos y algunos meses contra Aníbal.

Los picos más elevados de toda la cadena apenina están situados al E. de Roma, en el país de los marsos y de los vestinos: el *Velino*, con 2,487 metros, y el *Monte Corno* con sus 2,902, desde donde se descubren los dos mares que bañan á Italia y los montes de Iliria en la costa oriental del Adriático. A semejante altura, un pico de los Alpes ó de los Pirineos estaría cubierto de nieves perpetuas; pero bajo la latitud de Roma no basta para la formación de un ventisquero y el *Corno* no conserva nieves á fines de julio, teniendo siempre los paisajes alpestres y los osos y gamuzas de las grandes montañas.

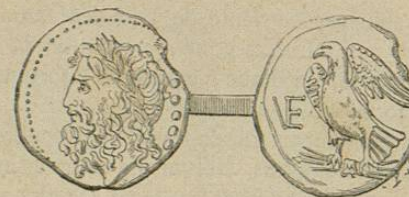
Al O. se separan tres ramas de la cadena central y cubren con sus derivaciones parte considerable de la Etruria, del Lacio y de la Campania. Una de estas ramas, después de deprimirse casi al nivel de la llanura, vuelve á levantarse á su extremo en una roca casi insular, que es el promontorio de Circe (*Monte Cicello*), donde está la gruta de la poderosa maga. Tiberio, que en punto de demonios, no temía ni á los del pasado ni á los del presente, se hizo construir una villa cerca de este pavoroso lugar.

De la vertiente oriental del Apenino no se desprenden más que colinas, que descienden en línea recta hacia el Adriático; pero como el Vesubio en la costa opuesta (1,052 metros), el *Monte Gargano* forma por encima del golfo de Manfredonia, un grupo aislado, una de cuyas cimas se eleva á 1,614 metros. Antiguísimos bosques cubren esta montaña batida siempre por los impetuosos vientos que agitan el Adriático.

(3) Augusto lo comprendió así y para defender á Italia estableció en el Danubio sus puestos avanzados. Mario también salió al encuentro de los cimbras por la otra parte de los Alpes, mientras Cátulo, que sólo quiso defender la frontera italiana, tuvo que retroceder sin combate hasta detrás del Po. Tampoco fué en las montañas, sino detrás del Adige, donde el general Bonaparte, en 1796, estableció su línea de defensa.

(4) Cicerón (De Prov. Consul. 14) dice más sencillamente: *Alpibus Italiam munitur antea natura, non sine aliquo divino numine.*

Por debajo de Venosa (*Venusia*) pártese el Apenino en dos ramas, que rodean el golfo de Tarento: la una recorre las tierras de Bari y de Otranto y va á morir en suave pendiente al cabo de Leuca, la otra forma al través de las Calabrias una serie de mesetas unduladas, de las cuales una sola, la Sila, de 1,500 metros de altura, no tiene menos de 80 kilómetros de longitud, de Cosenza á Catanzaro. Cubierta en otro tiempo de impenetrables bosques, era la Sila



Moneda de Venusia (1)

el refugio de los esclavos fugitivos, y fué el último retiro de Aníbal en Italia. Hoy lozanos pastos han reemplazado en parte aquellos bosques, de que Roma y Siracusa sacaban maderas de construcción. Pero la temperatura es allí siem-



Cabo de Santa María de Leuca

pre baja para un país italiano, y á pesar de sus 38 grados de latitud, la nieve es permanente seis meses al año. Todavía más al S. una de las cimas del *Aspromonte* tiene 1,335 metros de altura. Así, mientras allende el cabo de Leuca no hay ya más que el mar de Jonia, más allá del faro de Mesina, el Etna y el triángulo de las montañas sicilianas son continuación evidente de la cadena apenina.

Las dos vertientes del Apenino no difieren menos que las dos de los Alpes (2). En la estrecha costa que baña el mar Superior ó Adriático hay abundantes pastos, colinas cubiertas de bosque que separan los profundos lechos de los torrentes, una playa igual, aunque no puerto (*importuosum litus*) ni isla ninguna mar adentro (3), y una mar borrascosa, encerrada entre dos cadenas de montañas, como un largo valle en que penetran los vientos enfurecidos con los obstáculos que encuentran. Al O., al contrario, el Apenino se aleja del mar, y grandes llanuras regadas por apacibles ríos, golfos inmensos, puertos naturales, islas numerosas y un mar casi siempre tranquilo, invitan á la agricultura, á la navegación y al comercio. De aquí tres poblaciones distintas y enemigas: los marinos cerca de los puertos, los labradores en la llanura; los pastores en la

montaña, ó llamándolos por su nombre histórico, los griegos italiotas y los etruscos, Roma y los latinos, los marsos y samnitas (4).

Estas llanuras de la Campania, del Lacio, de la Etruria y de la Pulla no cubren sin embargo, á pesar de su extensión, más que una pequeña parte de la península, que se presenta en su carácter más general como un país erizado de montañas y cortado por estrechos valles. ¿Cómo extrañar que se vea por tanto tiempo el fraccionamiento político en un suelo que la misma naturaleza ha dividido tanto? Eliano contaba en él hasta 1,197 ciudades y cada una de ellas había tenido ó soñado una vida independiente.

Los Apeninos no tienen ventisqueros, ni grandes ríos, ni

(1) A la derecha la cabeza de Júpiter; en el reverso un águila con un haz de rayos. Las letras AE significan que es moneda de bronce y los cinco 00000 que es un *quincunx*, es decir, que valía 5 onzas; el as libral ó libra romana valía 12. Roma no acuñó nunca *quincunces*, ni se encuentran sino en las ciudades del mediodía de Italia.

(2) Sin embargo, la Pulla, con su volcán apagado, sus grandes llanuras, su lago Lesina, sus pantanos al N. y al S. del monte Gargano, más lejos las tierras cenagosas, pero en extremo fértiles, que baña el golfo de Tarento, en fin, los numerosos puertos de esta costa, reproducen algunos de los caracteres del litoral del Oeste.

(3) Todas las islas del Adriático, excepto el grupo sin importancia de las Tremiti, están en la costa de Iliria, donde forman un confuso

dédalo, albergue de piratas que en todos tiempos vivieron á costa del comercio del Adriático.

(4) Todos los volcanes apagados ó en actividad están situados al Oeste del Apenino, excepto el *Vulture* en la Pulla. Estos numerosos volcanes son los que han retirado el mar del pie del Apenino y extendido esta costa, mientras la orilla opuesta, donde no hay volcán ninguno, es tan estrecha. De aquí provienen también esos lagos en medio de los antiguos cráteres y acaso parte de los pantanos. Sabido es que en 1538 el lago Lucrino hubo de trocarse en pantano á consecuencia de una erupción volcánica. El *thalweg* ó la parte más baja de las lagunas Pontinas está en una línea que une Stromboli á los antiguos cráteres de Bol-sena y de Vico.



Europa no tiene volcanes en actividad á no ser en la península y las islas italianas. En la antigüedad los fuegos subterráneos obraban desde los Alpes cárnicos, en que se han reconocido rocas de origen ígneo, hasta la isla de Malta, hundida en parte en el mar.

Las montañas basálticas del Tirol meridional, del Veronés, del Vicentino y del Paduano; cerca del Po, la catástrofe de Velleja, sepultada por un terremoto; en la Toscana, los rumores subterráneos, las continuas convulsiones del suelo y sus súbitos desgarros que hacían de la Etruria tierra de los prodigios; á orillas del Tíber, la tradición de Caco vomitando llamas (1), la sima de Curcio, las deyecciones volcánicas, que forman el suelo mismo de Roma y todas sus colinas, menos el Janículo; los rastros de lavas que descienden de las colinas de Alba y de Túsculo; el inmenso cráter (60 kilóm. de perímetro), cuyo hundido borde deja ver el bellissimo lago de Albano y el de Nemi, que los romanos llamaban el espejo de Diana; la leyenda de Ceculo elevando en Preneste muros de llamas; el enorme cúmulo de lavas y despojos que sostienen las faldas del Volturo (2); las islas surgidas del mar, de que habla Tito Livio; los campos Flegreos, las antiguas erupciones de la isla de Ischia, del Vesubio y del Etna, y tantos otros cráteres apagados hacen de toda Italia una región situada primitivamente en un inmenso foco volcánico.

Actualmente la actividad de los fuegos subterráneos parece haberse concentrado en medio de esta línea, en el Vesubio, cuyas erupciones amenazan siempre á las poblaciones obstinadas en vivir cerca de tan formidable enemigo; en el Etna, que en una de sus convulsiones hubo de arrancar de Italia á Sicilia (3), y en las islas liparienses, situadas en el centro de la esfera de sacudimiento ó convulsión del Mediterráneo. Al N. no se encuentran ya más que cráteres medio cegados (4); las colinas volcánicas de Roma, de Viterbo y de Santa Agata, cerca de Sessa, las aguas calientes y los manantiales inflamables de Toscana, los fuegos ó fuentes ardientes de *Pietra Mala* y de Borigazzo, y en fin, las del Huerto del Infierno (*Orto dell'Inferno*) (5).

Antes del año 79 de nuestra era parecía el Vesubio un volcán apagado: la población y el cultivo habían llegado hasta su cima, cuando, reanimándose de pronto, sepultó á Herculano, Pompeya y Stabies bajo una enorme masa de cenizas y despojos. En 472, según Procopio, tal fué la violencia de la erupción, que las cenizas, impelidas por el viento, llegaron hasta Constantinopla. En 1794, una de esas corrientes de lavas incandescentes, que suelen tener hasta 14,000 metros de longitud por 100 ó 400 de latitud y 8 ó 10 de profundidad, destruyó la hermosa ciudad de Torre del Greco. Piedras enormes fueron lanzadas á 1,200 metros, gases moféticos destruían á lo lejos toda vegetación, y á distancia de 16 kilómetros no se veía sino á la luz de las antorchas.

Humboldt notó que la frecuencia de las erupciones está

(1) Esta leyenda es verdadera como recuerdo de las erupciones volcánicas del Lacio, pero falsa cuando las supone en el Aventino, morada de Caco.

(2) Tata (*Lett. sul monte Volturo*) considera este cráter como uno de los más terribles de la Italia prehistórica.

(3) El nombre de la ciudad de *Rhegium*, hoy Reggio, en el estrecho, significa rotura.

(4) Los lagos Averno, Lucrino, Albano, Nemi, Gabii, Regilo, San Giuliano, Bracciano, etc. Los terremotos son aún frecuentes en las cercanías de Belluno y de Bassano.

(5) En cuanto á los sales de los alrededores de Parma, Reggio, Módena y Bolonia, que se llaman también volcanes de lodo, no hay que confundirlos con los verdaderos volcanes, bien que ofrezcan algunas de las circunstancias de las erupciones volcánicas. En los sales domina el carburo de hidrógeno ó gas inflamable de los pantanos.

en razón inversa del grandor del volcán. Desde que el cráter del Vesubio redujo sus dimensiones, sus erupciones, menos violentas, han venido á ser anuales. Ha cesado el espanto y queda la curiosidad. De todas partes acuden ricos viajeros, y los napolitanos, que olvidan pronto, dicen de su volcán, exhumando á la vez á Herculano y á Pompeya, que es una montaña que vomita oro.

En 1669 los habitantes de Catania no creían tampoco en las viejas narraciones hechas sobre los furores del Etna, cuando una inmensa corriente de lava descendió hacia la ciudad, salvó sus murallas y fué á formar en la mar, por delante del puerto, un dique gigantesco. Afortunadamente este volcán formidable, cuya base tiene cerca de 180 kilómetros de circunferencia, desde donde se descubre un horizonte de 1,200 kilómetros, y él mismo se ha levantado por el acumulamiento sucesivo de sus lavas á 3,300 metros, no tiene sino muy raras erupciones. Stromboli, al contrario, en las islas liparienses, se distingue á lo lejos de noche con su corona de llamas y de día con la densa humareda que lo envuelve.

Encerrada entre el Etna, el Vesubio y el Stromboli como en un triángulo de hierro, la Italia meridional es sacudida á menudo hasta sus cimientos. En los tres últimos siglos no se cuentan menos de un millar de terremotos, como si esta parte de la península reposara en una capa de lavas movedizas. El de 1558 hendió el suelo cerca de Puzzolo y surgió de él el monte *Nuovo*, de 140 metros de altura, el cual monte cegó el lago Lucrino, cuyo sitio indica hoy un estanque pequeño. En 1783 fué removida toda la Calabria, pereciendo 40,000 personas. La mar misma tomó parte en tan horribles convulsiones, pues se retiró primero y volvió después encrespada hasta una altura de 13 metros. A las veces surgen de las aguas islas nuevas, como una tras otra aparecieron todas las liparienses. En 1831 un barco de guerra inglés sintió en alta mar y en aguas de Sicilia violentas sacudidas y sus tripulantes creyeron haber encallado: era un volcán que se abría. Algunos días después apareció una isla de 70 metros de altura, y ya se la disputaban ingleses y napolitanos, cuando se sumergió en una tempestad.

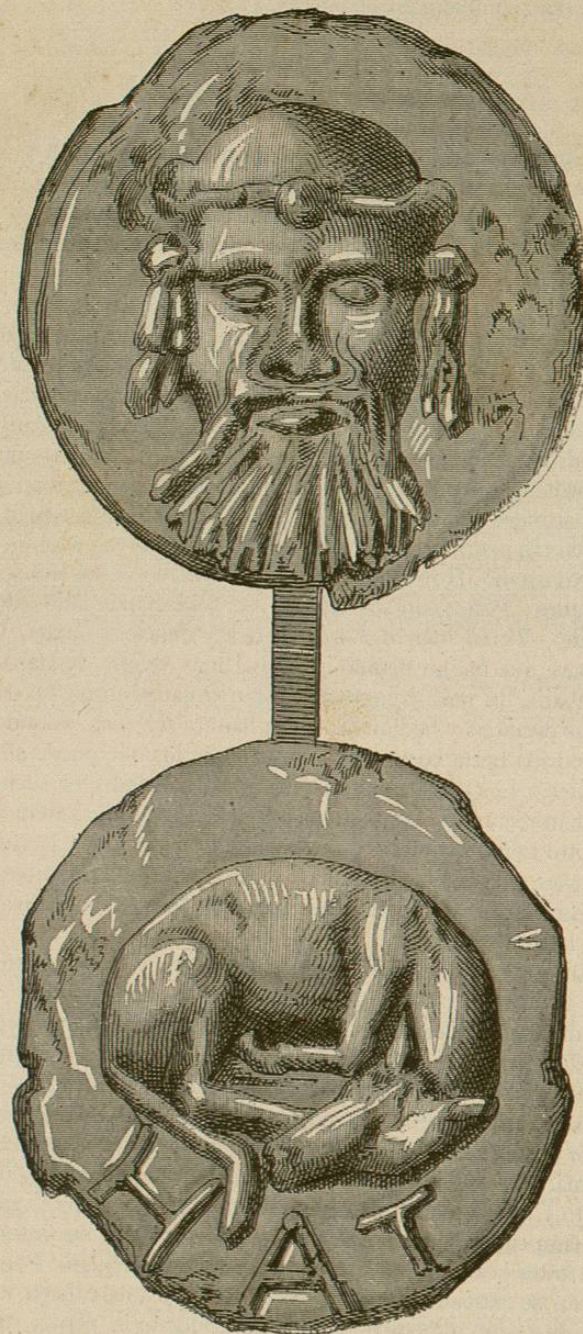
Para la Italia meridional el peligro está en los fuegos subterráneos; al N. y al O. en las aguas, aquí estancadas y pestilentes, allá desbordadas inundando los campos y cegando con sus arenas los puertos. De Turín á Venecia la rica llanura que atraviesa el Po entre los Apeninos y los Alpes no ofrece ni una colina: con esto, los torrentes que se precipitan de aquel cinturón de niveas montañas la exponen á horribles estragos en sus desbordamientos. Ellos mismos la crearon cegando con sus aluviones el golfo que allí formaba el Adriático, y cuya existencia está probada por los despojos de animales marinos hallados en las inmediaciones de Plasencia y de Milán, y aun por peces del Océano que viven todavía en sus lagos (6).

Nacido en el monte Viso y rápidamente aumentado por las aguas que fluyen de las vertientes del gigante de los Alpes, el Po es el río mayor de Italia y de los más célebres del mundo (7). Si tuviera libre desembocadura en el Adriá-

(6) Ramazzini hasta creía que todo el país de Módena está suspendido sobre un lago subterráneo. Esto explicaría el prodigio, que llenó de asombro al Senado, de unos peces que salieron de la tierra bajo la reja del arado de un labrador. En Narbona y otros puntos se encuentran también estos lagos subterráneos.

(7) Altura del monte Viso, 3,836 metros. Afluentes del Po: á la margen derecha, el Tanaro, la Trebia, cuyas orillas fueron teatro de grandes batallas, el Reno, donde se hallaba la isla de los triunfos; y á la izquierda, el Tesino, el Adda, el mayor afluente del Po, el Oglio y el Mincio.

tico, abriría un magnífico territorio á la navegación y al comercio. Pero la condición de todos los ríos que descienden á mares que, como el Mediterráneo, no tienen flujo ni reflujo, es ser impropios para la navegación marítima. Los torrentes italianos llegan al Po cargados de limo y arenas que llenan su lecho (1) y forman á su embocadura ese delta



As de Adria (2)

ante el cual retrocede la mar 70 metros cada año. Adria, que precedió á Venecia en la dominación del Adriático,

(1) Napoleón pensó en abrir al Po un nuevo lecho, «porque en su estado actual amenazan grandes peligros al país que atraviesa en la parte inferior de su curso, donde el relleno de su cauce ha traído una elevación del nivel de las aguas que dominan la superficie del país.» De Prony, *Recherches sur le système hydraulique de l'Italie*.

(2) No puede decirse si esta medalla, uno de los bellos bronzes del gabinete de Francia, con la cabeza de Baco barbado, pertenece á la Adria de las orillas del Po ó á la del Piceno. El carácter de las tres letras que se leen en esta moneda H A T por Adria, indica que hay que hacerla descender á lo menos al siglo III antes de nuestra era. La palabra *as*, que se aproxima á otra sanscrita que significa *totalidad*, designaba entre los romanos la unidad monetaria. Debía pesar exacta-

está hoy á más de 30 kilómetros tierra adentro; Spina, otra gran ciudad marítima, estaba desde el tiempo de Estrabón á 30 estadios de la costa, que en otro tiempo tocaba (3), y Rávena, estación de las flotas imperiales, sólo está ya rodeada de bosques y pantanos. Venecia también dejó durante mucho tiempo que se llenaran los canales de sus lagunas con las arenas del Brenta. El puerto del Lido, por donde salió la flota que llevaba 40,000 cruzados, no es ahora abordable sino para las más pequeñas embarcaciones, y el de Albiola se llama *Porto secco*.

El extremo N. E. de Italia está envuelto por un semicírculo de montañas que envían al Adriático muchas corrientes de agua, cuyos lechos profundamente ahuecados facilitan la defensa contra una invasión proveniente de los Alpes julianos. De todos estos obstáculos, el último y más temible es el Adige, ancho ya al salir de los montes como un caudaloso fluvio.

En la Italia peninsular, el Apenino está demasiado cerca de los dos mares para enviarle grandes ríos. Con todo eso, el Arno tiene 250 kilómetros de curso y el Tíber 370. Pero este rey de los ríos del antiguo mundo tiene un aspecto muy triste: sus aguas, siempre cargadas de puzolana rojiza, no pueden servir ni para beber ni aun para bañarse, y para suplirlas fué preciso conducir á la ciudad por medio de numerosos acueductos el agua de las montañas vecinas. De aquí uno de los caracteres de la arquitectura romana: arcos triunfales y vías militares para las legiones, circo y acueductos para las ciudades. Por lo demás, todas estas corrientes de agua del Apenino tienen el carácter caprichoso de los torrentes (4): anchas y rápidas en la primavera, sécanse en el estío y permanecen en todo tiempo casi inútiles para la navegación (5). Pero ¡cuántas y cuán pintorescas bellezas á lo largo de sus márgenes y en los valles á que descienden sus afluentes! Las cascadas de Tívoli, una de las cosas más bellas que pueden verse, forman un delicioso contraste con la extensión de la campiña romana, y cerca de Terni, en la cascada *delle Marmore*, cae el Vellino en el Nera de una altura vertical de 165 metros, y luego corre saltando al través de las enormes rocas que ha desprendido de la montaña.

Todos los lagos de la alta Italia son como los de la Suiza, hondos valles en que las aguas de las montañas se acumularon hasta encontrar entre las rocas y tierras que las contenían la salida por donde escaparse, dando así origen á algunos ríos. Los de la península, al contrario, llenando

mente una libra romana, que era de 12 onzas ó sean 288 escrúpulos, y de aquí su denominación de *as libralis*; pero las comprobaciones efectuadas no dan más que 10 onzas, por término medio. Los romanos habrían adoptado este uso porque 10 onzas de bronce valían en Italia un escrúpulo de plata ó  $\frac{1}{288}$  de una libra (*Dict. des ant.*, pág. 457, y la *Hist. de las mon. rom. de Mommsen*.)

(3) Estrab., V. 1 y 7. Tenía un tesoro en Delfos; se cree que es hoy el villajo de Espino.

(4) Mil veces en la edad media, edificada Florencia en un pantano seco, estuvo en peligro de ser arrastrada por el Arno. En 1556 fué sumergida Rávena por el Ronco y el Montona, y en el siglo anterior Bolonia y Ferrara estuvieron á punto de venir á las manos, como lo hicieron los provenzales y los aviñonenses sobre el asunto del Durance, para decidir el punto en que había de desembocar el Reno. Gracias á las numerosas cavidades, donde durante el invierno se estaciona el agua de sus fuentes, el Tíber no se seca en el estío.

(5) Otras corrientes de agua de la Italia peninsular: al O. el Magra, límite de la Toscana y de la Liguria, 58 kilómetros de curso; el Chiana, el Nera y el Teverone (*Anio*) afluente del Tíber, el Garigliano (*Liris*) 111 kilómetros, el Volturo, 133, el Sele, el Lao; al Este Pisatello (*Rubico*), el Metauro, el Esino, el Tronto, 89 kilómetros, el Pescara (*Aternus*) 133, el Sangro, 133, el Biferno, 95, el Fortore, 129, el Ofanto, 185.